

...y que no se ha ido. ...y que no se ha ido.

de textos no es eso. Podemos volver a experimentar la emoción del texto desentrañando su contenido, pero lo más importante es dar cuenta de lo que el texto dice y de cómo lo dice. Aquí tenemos un poema de Juan Ramón Jiménez que está impregnado de cierta melancolía y un vago aire de deseos de superación, de ansias de futuro, que nos podrían impulsar a coger la pluma y hacer nueva redacción de lo que la lectura ha despertado en nosotros. Para empezar a alejar de nosotros esa tentación vamos a fijar el poema. En este caso es muy interesante la localización porque se trata de la obra de un poeta que sufre unas profundas variaciones, que además son habituales en él, informan toda su obra aun cuando hay algunas constantes en toda ella. Juan Ramón fue primero un poeta modernista, etapa que luego repudió negándose a incluir los poemas de la misma en su antología. Atravesó luego, por fin, la vida de un poeta modernista, pero no fue así. Fases que reflejaban diversas influencias. El neorromanticismo, el simbólico, el

simbolismo la poesía popular. Entró por fin en una segunda etapa de búsqueda de una poesía pura, fuertemente intelectualizada y minoritaria. Nuestro poema pertenece al primer Juan Ramón, a la etapa en que hizo una poesía natural y sencilla, algo hastiada del modernismo y fuertemente tutelada por Bécquer o por Heine. Adolescencia pertenece a Rimas, un libro de los 20 años del poeta que sucede a algunas extravagancias. Antes había publicado en Infeas, un título sugerido por Valle Inclán que se lo transmitió en tinta verde, y Almas de Violeta, en tinta morada todo él. Pero esto no es más que una anécdota. Efectivamente, es sólo una anécdota, pero detrás había algo más. Cuando Juan Ramón Jiménez intenta esta revisión de sus obras anteriores, persigue una poesía natural y sencilla, y buena muestra de ello la tenemos en este poemita. Que además coincide, si no, en su elaboración, sí en las fechas de su aparición, con el dolor de Juan Ramón por la muerte de su padre y su

su primer internamiento en una clínica de burdeos dedicada a las dolencias mentales. Dolorosa ocasión para conocer cómo lo hizo la obra de Mallarmé, Verlaine, Baudelaire, Rimbaud. Adolescencia, pues, pertenece al periodo en que Juan Ramón Jiménez hace una poesía de fuertes reminiscencias neorrománticas y simbolistas. Pasemos a ver qué es lo que quiere decir con el poema. Pienso que es un poema que refleja algo que quiero llamar arrancamiento de una persona. Alguien quiere y tiene que arrancarse de un ambiente opresivo en busca de algo más abierto y a pesar de ataduras difíciles de abandonar. La anécdota que nos narra, ese diálogo que nos reproduce dentro de la cápsula de unas cuartetas, está trascendida. Hay algo más que un ambiente vago y atractivo. Hay una idea que está simbolizada en unos términos reales y cotidianos. Sí, a ello creo que contribuye la disposición del poema. En esta distribución,

o estructura hay una clara intención, situar, desarrollar gradual y exhaustivamente la justificación de la situación que se ha propuesto y rematar amargamente la idea. En este poema la estructuración es más compleja que una simple distribución en apartados. La estructura del poema está presidida por el signo de la repetición, el paralelismo y la disposición envolvente. Necesitaríamos un gráfico para expresarla pero, como no podemos transmitirlos por las ondas, vamos a tratar de desarrollarlo. Lo que hemos llamado situación coincide con los cuatro primeros versos y sería posible enmarcarlo en un recuadro de trazo grueso para ponerlo en relación con los cuatro versos finales que son su repetición

en buena parte. Veamos estos dos grupos que hemos recuadrado imaginariamente con trazo grueso. El primero de ellos es presentativo. Estamos yo y ella. Yo me voy y ella me mira triste. El segundo de ellos, último del poema, es presentativo.

Está enriquecido por el desarrollo de todo el poema y presenta notables variantes, dentro de cierto paralelismo. Por de pronto, está ella sola, y además de triste, está o se queda muda. Este va a ser el amargo remate de la situación. Entre medias, están tres cuartetas que constituyen el desarrollo graduado de la situación. Podríamos encuadrarlas conjuntamente con un trazo fino y dividir todo el recuadro en tres fases que coinciden con cada cuarteta, separadas por una línea punteada. La fase primera y la tercera son rigurosamente paralelas. La segunda es más sintética y también más viva. Y además contiene un elemento, gritar, que se ve amargamente contrapuesto con el final del poema. Muda. Voy a explicar un poco este cuadro para que no parezca un problema de matemáticas. El yo del poema anuncia una partida a una ella que se entristece. Se entabla un diálogo. La primera respuesta es la misma.

respuesta alude a la opresión del silencio y la tercera a la opresión del espacio en una distribución completamente paralela. Me dijo ¿por qué? y me dijo ¿a dónde? Entre ambas justificaciones hay una fase en la que se han suprimido las introducciones del estilo directo y se expresa con violencia el ansia del yo, el ansia de gritar en unos valles callados. Punto clímax que contrasta con quien se queda, muda, en el último momento del poema, momento que por otra parte reproduce la distribución triste vagamente sonriendo del primer apartado. Hay por lo tanto una intención envolvente, paralelística, que se apoya en el empleo de repeticiones y anáforas por todo el poema. Quizás podamos considerar la estructura algo complicada pero otros rasgos formales del poema no lo son. Para empezar la disposición métrica del poema es simplicísima. Juan Ramón Giménez, el poeta, es un poeta que se ha convertido en un poeta de la época. Juan Ramón Giménez comienza a dominar en esta época uno de los tipos de versos fundamentales en su obra total.

el octosílabo. Los dispone en cuartetas asonantadas en los pares, formando un romance, género del que fue gran cultivador hasta el punto de haber inspirado a Lorca en muchos de ellos. Este gusto por verso, estrofa y poemas sencillos y de reconocida tradición popular, le viene a Juan Ramón de poetas como Ferrán, los neopopularistas y prebequerianos, el propio Bécquer y Rosalía. Hay, sin embargo, una clara reminiscencia de su época modernista, el uso de los encabalgamientos. Los hay abundantes en el poema y todos ellos intencionados. Violento, abrupto y algo forzado, parece un remiendo exigido por las ocho sílabas. Al decirle, yo que me iba del pueblo. Intencionado, pues quiere destacar la palabra clave, silencio. El contenido en porque el silencio de estos valles me amortaja, que rompe un sirema formado por sustantivo y complemento preposicional o suplemento. Es más suave, es evidente, es un sentido que quiere.

gritar mi pecho. Y son muy inteligentes los dos que se continúan. A donde el cielo esté más alto y no brillen sobre mí tantos luceros. Donde destaca tantos verbos como sustantivos que son los que cargan con la rima creando el campo intencional de la estrofa. Cielo, luceros. Finalmente, en este campo de la métrica, observad que debido al estilo coloquial directo son frecuentes las rupturas del ritmo, las pausas en formas de braquisticios dadas por los indicadores me dijo, le dije. Tampoco ofrecen una complicación mayor las estructuras morfosintácticas porque nada destaca demasiado. Podemos anotar una tendencia al

polisíndeton, sobre todo a partir del verso 13. Podemos señalar ese paréntesis, ese inciso del verso tercero, qué dulce, cargado de una ternura significativa y que suele ser un recurso habitual en la poesía de Juan Ramón Jiménez. Desde luego, es notable la ausencia de adjetivos y de palabras que se utilizan para explicar el sentido de la palabra. En todo el

poema por lo que se hacen más relevantes los pocos que hay, la mirada negra, los valles callados. Y en todo caso, ved que en los apartados inicial y final hay dos situadores, un demostrativo, aquella tarde, y un adverbio, allá en los valles, que confieren buena parte del ambiente nostálgico y retrospectivo que se nos ofrece en una primera lectura. La mayor sencillez y naturalidad radica en el empleo del léxico. En este caso no es un tópico esta afirmación. El aura bequeriana que flota por el poema está presente en una serie concreta de términos, vagamente, triste, amortaja, muerto. Podríamos intentar señalar unos campos de palabras claves ligadas entre sí. Al primero, pertenecerían todos los que tienen relación con el sonido, que naturalmente tienen un sentido simbólico. Así encontramos silencio, valles callados, muda, gritar. Contribuyen a la atmósfera opresiva.

La tristeza de los valles desiertos, la pesantez de un cielo cuajado de luceros. Todo ello está creando un campo simbólico. Se trata de unas aspiraciones de algo más allá, más satisfactorio que una vida oprimida o chata para la cual elige una personificación. Los valles están callados, una redundancia a nivel de significados. El silencio me amortaja como si estuviera muerto. Y una adjetivación muy certera, su mirada negra. Es una hipálage, una atribución de un adjetivo inesperable e inadecuado a un sustantivo que no lo admite. El recurso es impresionista y es típico de Juan Ramón Jiménez. Se trata de dar al color una intención sustancializante y de desplazar los conceptos por varios sintagmas. La mirada es negra, tanto por desplazamiento del color de los ojos. Como por simbolismo moral referente al estado de ánimo.

de la interlocutora como por un desplazamiento más complicado que envuelve a Valles en un campo de connotaciones que va desde desierto a silencio y opresión. Este repaso de recursos formales siempre deja un sentimiento extraño, algo así como si hubiéramos matado el poema. No debe ser así, prácticamente todo el contenido del mismo se manifiesta a través de estos dos recursos. Pero queda algo latente, algo que no parece posible explicar. Yo no pienso que sea así. Me parece que cada recurso formal tiene su explicación en el tema e incluso es exigencia de éste. En este poema, la disposición estructural está subrayando y repitiendo la idea central de opresión y arrancamiento de una atmósfera que coarta a un individuo. Los campos de significado, algunas adjetivaciones, están contribuyendo a hacernos notar que hay algo más allá de la anécdota. Bueno, eso parece evidente. Hay en las respuestas del poema algo que se aparta de la realidad.

la cotidianeidad. Hay cierta solemnidad en esa respuesta, porque el silencio de estos valles me amortaja, y un subjetivismo que está lejos de nuestras experiencias diarias en eso de desear un cielo más alto. Por eso me parece que en todo comentario de textos hay algo que puede quedarnos entre las manos de una manera gratificante, el desentrañamiento del contenido. Vamos a verlo en este poema si quieres. Anda, exponlo tú. Aquí merece la pena que recordemos lo que decíamos al comienzo de esta charla. Una primera impresión poco rigurosa nos diría que estamos ante un bello poema de despedida en que las lágrimas están a flor de ojo, si me permitís la broma, y que uno de los dos protagonistas, no me gusta esta palabra pues estamos en un poema no en una narración, tienen muy buenas aunque algo

abstrusas razones para marcharse, y que todo ello tiene un aire nostálgico y entristecedor. Pero con todo ello nos quedaríamos en la cáscara del poema, porque hay mucho más vigor en él. En primer lugar, preparad en algo que no hemos mencionado.

mencionado hasta ahora. El título. No suele haber títulos banales. La adolescencia es la edad de la encrucijada, ante la que se presentan los cruces de caminos, las rebeldías o las aceptaciones, los divorcios, los desdoblamientos, las derrotas secretas y asumidas. En este poema, ese yo, quien quiera que sea, ha de arrancarse de una ligadura y perseguir algún ideal que no encuentra donde ahora padece o vive. No puedo olvidar que Juan Ramón tiene 20 años cuando publica este poema, presumiblemente redactado años antes, que por tanto sabe lo que significa desatarse de ligaduras diversas, ya que la juventud no suele ser sedentaria ni conservadora. El yo de su poema se juega a la carta de su seguridad, a la carta de sus deseos de superación. Un lazo afectivo, ella, y unos lazos colectivos, el pueblo, los valles, son lazos que dan al mismo tiempo seguridad y una cuota de esclavitud. Soltar amarras, en este caso, suele ser arrancarse de

descarse, desenraizarse. Esta es la situación que se nos plantea. Esa es la explicación de la tristeza, la dulzura, la vaga sonrisa de los cuatro primeros versos. Tiene que haber unas razones poderosas para esta ruptura y este dolor. Y sí las hay. El silencio mortal de los valles, la opresión que ese silencio ejerce sobre un pecho que no puede gritar, como en una pesadilla. Una opresión que se ve subrayada por medio de una inteligente asociación, por unos cielos que están bajos y llenos de estrellas. No nos dice que los cielos estén bajos, sino que los quiere más altos. Hay una sensación física de claustrofobia, más expresiva por cuanto que se está experimentando en un valle, no en una cueva. Y trascendida por cuanto que no es el silencio ni la altura de los cielos lo que verdaderamente oprimen, sino todas las frustraciones que un adolescente experimenta ante un mundo que no es el silencio ni la altura de los cielos. Un mundo que ha perdido la pátina maravillosa de los días infantiles.

se muestra tal como es. La solución de estas situaciones de insatisfacción en estas edades de transición es posiblemente la huida y para ello la ruptura con el pasado, con una mirada negra, con unos valles desiertos, con una persona muda como los propios valles. Persona y naturaleza vistas desde Juan Ramón con más amargura que nostalgia. Ved que lejos estamos de la primera lectura por cuanto coartan ese ansia de algo más allá y más puro. Déjame que te lea otros versos del mismo Juan Ramón y mira cómo coinciden sustancialmente. ¿A qué quieres que te hable? Deja, deja. Mira el cielo ceniciento, mira el campo inundado de tristeza, mira el vaho que se alza de la tierra. Pobre tierra, cuánto frío. No parece una hermosa vida. Virgen Yerta y allá arriba ya fulguran las estrellas. Las estrellas

estrellas soñolientas como luces que acompañan a la muerta.